

# La inadaptación juvenil

FLORENCIO OLLE RIBA

Licenciado en Pedagogía

El fenómeno de la inadaptación juvenil, con toda su secuela de alborotos, tumultos y delincuencia, es problema cuyas proporciones se agranda, día a día, por todo el ámbito del mundo civilizado.

Y decimos del mundo civilizado porque, en realidad, tales manifestaciones parecen más bien propias de comunidades subdesarrolladas, o de aquellos países que se hallan en los albores de la civilización.

Verdaderamente, la ley de la selva parece haberse adueñado de naciones cuya cultura debería actuar como un tamiz adecuado, para afinar los instintos y encauzarlos hacia normas de conducta más de acuerdo con el esplendor de las grandes realizaciones en que vive el mundo actual.

Pero, en lugar de ello, gran parte de nuestra juventud parece empeñada en demostrar que los beneficios de tales adelantos sólo han servido para atrofiar su sentido del deber, menoscabando su responsabilidad y su sensatez.

Sirve de agravante, a más, el que tal proceder no puede tener como causa la falta de resortes morales o la carencia de medios culturales o económicos, sino, más bien, yo diría, que es a consecuencia de una saturación de recursos y de posibilidades de todo orden.

Ahora bien, si tales manifestaciones que convierten al individuo en un ser extravagante y ridículo, cuando no peligroso, pueden obedecer a impulsos ancestrales, nuestra juventud es doblemente responsable, ya que no le faltan medios para suavizar sus tendencias y adaptar su conducta a tono con la sociedad actual. A pesar de las llamadas al cambio, y a la evolución constante a que se ve sometida, la realidad ambiental no deja de ofrecerle oportunidades de orden positivo para un mayor control de su emotividad.

No obstante, es innegable que la ansiedad en que se debate parte de la juventud tiene su origen en la angustia que la sociedad moderna ha logrado imponer, de manera inconsciente, pero real, a todos los órdenes de la vida. Las ansias que el individuo ve reflejadas en su propio yo escapan con frecuencia a la censura de su propia conciencia.

El adolescente, aunque se halle enclavado en sectores bien definidos por su moralidad, se ve continuamente arrullado por el vaivén de encrespadas emociones que el ambiente le induce

a soslayar. Entonces, unas veces por rutina y otras por imitación, salta las barreras de las apariencias, y, al margen de su formación moral, a pesar del claro concepto de lo que es lícito o ilícito, de lo que es correcto y de lo que no lo es, echa por la borda tales consideraciones y se sumerge en el histerismo colectivo, que, cual neurosis de amplias proporciones, invade los más opuestos estratos sociales.

Ante tal realidad, y al margen de la personalidad individual, se nivelan las apetencias, se imitan los gustos, y una misma desfachatez parece ser el exponente de los desplantes que anudan las expansiones multitudinarias de la juventud, anomalía que muchas veces les lleva al terreno de la irresponsabilidad y de lo delictivo. En resumen: nos hallamos ante un estado de cosas totalmente antisocial que se ha dado en llamar *el problema de la inadaptación juvenil*.

Esta anormalidad social, que en la mayoría de los países ha proliferado de manera alarmante en estos últimos años, va poco a poco adquiriendo carta de naturaleza en nuestra patria. Con frecuencia la prensa nos informa de hechos, desmanes y delitos, cuyos protagonistas no han rebasado los dieciocho años, lo que constituye un toque de alerta para que nos interese en el estudio de este problema, a fin de intentar buscar las soluciones más idóneas para paliar sus efectos, si no queremos situarnos a la altura de los países que sufren más a lo vivo tal anomalía social.

El problema es candente. Está ahí, al alcance de la mano. Su trascendencia es enorme y, por tanto, nuestra responsabilidad de educadores nos estimula para analizar, aunque sea de manera superficial, sus más variados matices, así como aportar algunas sugerencias de carácter preventivo, tanto en el aspecto social y familiar como en el educativo, estadios en los que, en realidad, radica la raíz del mal.

## ASPECTO SOCIAL

Empezar el estudio de la inadaptación juvenil desde el punto de vista social es, sin lugar a dudas, invertir los términos del problema, ya que sus manifestaciones en este particular terreno son más bien una resultante que los orígenes del mal.

Pero creo en la oportunidad de esta inversión de valores a fin de percatarnos, de una manera más inmediata, de las consecuencias a que conduce la relajación familiar, en el problema que los hijos plantean, así como poner de manifiesto el gran vacío que existe en el plano educativo, cuando se trata de encauzar a la adolescencia.

Por regla general, al leer una noticia, comentar un hecho o presenciar un incidente, en los que se pone de relieve lo impropio de la conducta juvenil, nuestra reacción se concreta en el inevitable comentario de «¡a dónde iremos a parar!», o en algo parecido. Luego, sin concesiones de ninguna especie, nuestro particular concepto del deber nos induce a suponer que la gran mayoría de los adolescentes comprendidos entre los catorce y los dieciocho años se hallan sumergidos en un lodazal de enormes proporciones.

En parte, tal reacción y tal suposición responden a una innegable realidad. Pero al margen de este natural comentario a nadie se le ocurre sentirse responsable de tal estado de cosas, ni compartir la responsabilidad que a todos nos alcanza, cuando por egoísmo, por cobardía o por temor (a veces justificado), procuramos soslayar los acontecimientos, sin detenernos a pensar en las causas que originan tan extemporáneas manifestaciones.

En primer lugar, debemos consignar que es un error partir de la base de que el adolescente es un ser irresponsable. Se abusa más de la cuenta del concepto de que el joven, por múltiples razones, se halla inmerso en un estado de regresión que, en parte, justifica su irresponsable proceder. El adolescente, se afirma, se ha creado por tal causa un falso mundo que le desorienta y le exaspera, predisponiéndole a un sinnúmero de reacciones negativas, cuya primera manifestación es un estado de rebeldía, y de aquí a la delincuencia va un solo paso, paso que, desgraciadamente, se da con reiterada frecuencia.

Esta teoría demasiado acomodadiza parece tener muchos defensores en el momento actual. Algunos pedagogos, psicólogos, sociólogos, psiquiatras, escritores, etc., tal vez para ponerse a tono con las modernas corrientes de origen freudiano, afirman con demasiada superficialidad que hoy en día, en realidad, nadie tiene la culpa de lo que hace. (Si lo hace mal.)

La anormalidad en el común vivir, según ellos, es la causa que favorece los desequilibrios emotivos. Por tanto, según este concepto, indulgente en demasía, la sociedad en general y el ambiente en particular se encargan de prender la mecha que conduce a la explosión juvenil.

Ante tales argumentos es lógico considerar que tales razonamientos sólo son válidos en parte y no significan, ni mucho menos, que debemos cruzarnos de brazos y aceptar como inevitable un caos semejante.

No, no es ésta la mejor postura. Hay que sugerir iniciativas y coordinar todos los medios de acción para demostrar que los complejos por los

que atraviesa la juventud son fácilmente vulnerables y, portanto, posibles de superar.

Porque para nadie es un secreto que en la actualidad los medios de difusión se pasan de la raya con demasiada facilidad, ante la pasividad o tolerancia de los órganos responsables. El cine, la radio, la televisión, el teatro, la prensa, la literatura argumental, etc., no siempre proceden con la sensatez y la objetividad que exige su responsabilidad.

Es frecuente constatar cómo una serie de imágenes, de relatos, de argumentos y de actuaciones, son presentados al público sin el sentido de la ética que requiere el interés común. Con el pretexto de despertar el interés sobre hechos y situaciones, los saturan más de la cuenta de un peligroso *suspense*, exagerando la emotividad, en un proceso que en nada puede favorecer la mentalidad juvenil, rica en fantasía y excesivamente sugestionable, que sabe captar la trama, pero que no siempre se identifica con las consecuencias.

El adolescente, por un exceso de narcisismo, se cree dotado de suficientes recursos para superar ciertas situaciones, al propio tiempo que perfila sus iniciativas a la vista de los fallos que ha creído descubrir en los protagonistas que, ocasionalmente, le han servido de modelo. Muchos atracos y demás violencias juveniles han tenido su período de gestación al socaire de tal realidad.

Ahora bien, considerar tales hechos desde este punto de vista es sólo tener en cuenta una de las vertientes del problema. Es cierto que este ambiente tan irrealmente creado, este desequilibrio psicológico que con tanta irresponsabilidad se ha logrado cultivar, sería un factor decisivo si no existieran otros medios totalmente positivos para contrarrestar sus perniciosos efectos. Tales son la familia y la educación.

Lo que pasa es que al romperse los eslabones de la cadena que viene representada por la familia, la educación y la sociedad, predisponen al adolescente a un cúmulo de desatinos, por las facilidades que halla a cada paso, al fallar las directrices que deberían imponer iniciativas. El adolescente se halla predispuesto a dejarse arrastrar por los acontecimientos y seguir el camino más fácil para satisfacer sus caprichos y deseos.

Algunos pseudomoralistas han llegado incluso a afirmar, en el colmo de su acomodaticia postura, que las palabras «bien» y «mal» han caído en desuso en la actualidad, y que los conceptos que encierran han perdido toda su esencia.

No estos conceptos, afortunadamente para todos, siguen con todo esplendor. Si así no fuera, el caos más espantoso reinaría por doquier.

Aparte de una minoría que se halla inmersa o al borde de este caos, podemos afirmar que la gran mayoría de nuestra juventud continúa dando pruebas de moderación, de disciplina y de responsabilidad, con rasgos bien definidos de ética y moralidad.

Lo que ocurre es que, separadamente, individualmente considerados, tales conceptos tienen

su verdadero significado, pero su contenido, al ser puesto en amalgama de mentalidades, da como resultado que al ser estimulado por los más audaces se traduzca en esporádicas extravagancias o en peligrosas violencias.

Así, por ejemplo, las letras del alfabeto tienen, separadamente, un intrascendente significado al representar el signo que les es propio en su individualidad idiomática. Pero mezcladas estas letras, colocadas de manera apropiada para que representen una idea definida, y según sea la mano que las enzarce podrán expresar conceptos sublimes o insulsas expresiones.

Pues bien, a nuestra juventud le falta la mano que sepa aprovechar su valor potencial para encauzarlo hacia hechos y situaciones que tengan categoría de realidad positiva.

La inadaptación juvenil no puede ser tratada a la ligera, así como tampoco a base de disposiciones coactivas, que en lugar de paliar sus efectos los exaspera todavía más. El calificativo de «fenómeno de nuestro tiempo» con que comúnmente quiere justificarse debería ser arrinconado para dar paso a una serena pero eficaz colaboración ciudadana, en todos los órdenes del común vivir.

Porque lo que más sorprende, al estudiar a fondo este problema, es la chocante paradoja de ver cómo su mayor virulencia se acusa en los países que por su desarrollo se desenvuelven dentro de un nivel de vida superior. Por tanto, su localización radica en particular en países como los Estados Unidos, desde donde se va extendiendo a todas partes. Es esto tan real que, según un informe del FBI, en 1957, en la ciudad de Nueva York, se localizaron 110 bandas de jovencuelos cuyas edades oscilaban entre los catorce y los diecisiete años. Estas bandas, que contaban en su haber numerosos crímenes y hechos delictivos de toda clase, han ido paulatinamente en aumento a pesar de su represión. Incluso, en estos últimos tiempos se han *modernizado*, pues, según las noticias de que disponemos, se ha comprobado que ahora actúan en grupos reducidos, visten mejor y se trasladan de uno a otro barrio para despistar la acción policial.

Este gangsterismo juvenil, que muchas veces en nada se diferencia del verdadero gangsterismo al estilo de Al Capone, por imitación se va extendiendo por todas partes, siendo una constante preocupación por el peligro que representa esta lacra social.

Asimismo, Inglaterra, país superdesarrollado y de manifiesto elevado nivel social y cultural, se ha visto perturbada en fechas muy recientes por los tumultos devastadores provocados por sus desgraciadamente famosos *Rockers* y *Mods*. Las violentas escenas llevadas a cabo por estas bandas, en las que no faltan muchachas, primero en Clacton-on-sea y posteriormente en Margate, Brighton y Sout Mend, dieron la pauta de a lo que puede llegar esta plaga juvenil, incluso en países

donde la flema y la pasividad parecen ser el signo distintivo de su temperamento nacional.

Hay que convenir, no obstante, en que, a pesar de obedecer tales manifestaciones a un mismo fondo de inadaptación, los hechos ponen de relieve que hay ciertos matices de apreciación que diferencian la actuación de estas bandas en uno y otro lado del Atlántico. En Estados Unidos, por ejemplo, tienen una tendencia más marcada hacia el delito en todas sus especialidades, mientras que en Europa su actividad se centra principalmente en el tumulto, la argarabía desbordante y el histerismo colectivo, con salpicaduras delictivas no menos peligrosas, pero que en el fondo tienen como causa la extemporánea irresponsabilidad de tales adolescentes.

Hechos así están ocurriendo continuamente en Francia, Holanda, Alemania, Italia, España, etc., e incluso en muchos países situados *tras el telón de acero*, como Rusia, por ejemplo. Ello pone de manifiesto que, al margen del nivel social o del régimen político imperante, el mal va proliferando sin cesar.

Los psicólogos y los sociólogos tienen aquí tema sobrado de estudio, dado que en general, por lo menos en Europa, los componentes más activos de tales bandas es frecuente pertenezcan a familias respetables e incluso influyentes en sus respectivas esferas sociales.

El caso registrado recientemente en España, en donde dos jóvenes estudiantes de diecisiete y dieciocho años, pertenecientes a acomodadas familias, perpetraron un atraco a mano armada en la Sucursal número 1 del Banco de Bilbao, es significativo a tal respecto.

Como casos análogos se dan de manera reiterada en diferentes lugares, cabe descartar, por lo menos, el resentimiento de los menos favorecidos como móvil de tales acciones, y sí suponer que estos adolescentes echan mano de su audacia para procurarse una vida sin sentido, llena de falsas apariencias a causa del clima de abandono en que viven en su medio familiar.

Y es que la vida actual, producto de una industrialización acelerada, ha alterado totalmente el concepto tradicional de la organización familiar. Organizaciones de prestigio se han visto desbordadas en esta coyuntura histórica, en la que muchas familias son arrastradas a nuevas situaciones que han alterado su sentido de la realidad.

En el transcurso de pocos años, el número de trabajadores manuales ha disminuído, lo que significa que el número de obreros cualificados ha ido en aumento. Por tal motivo, el nivel de vida, que en muchas familias se desarrollaba precariamente, ha sido superado, hasta el punto que muchas de ellas tienen ahora infinidad de comodidades y caprichos, en los que antes ni soñaban. Ante tal situación, la organización familiar se ha visto afectada por una superficialidad de tal naturaleza que ha repercutido, de manera muy directa, en la educación y en la orientación de los hijos.

A causa de ello el niño, en no pocos casos, se halla abandonado o semiabandonado en el seno del hogar, y al pretender adaptar su vida de acuerdo con el ambiente superficial que le envuelve se va convirtiendo en un ser inadaptado que poco a poco se va hundiendo en la incivildad. Mientras los mayores, inconscientemente, se desentienden de esta situación, y, al pretender vivir su vida, no se percatan del mal que causan a sus hijos al dejarles debatirse en sus propios medios.

No es lógico pretender, ni menos exigir, a un adolescente una formación y una ponderación en su conducta si no ha sido preparado de antemano para ello. Las características de la juventud son el optimismo, la alegre bullanguería y la falta de preocupaciones, que les impide profundizar los conceptos elevados.

Cada generación tiene sus problemas propios, problemas que, en esencia, vienen a ser siempre los mismos, aunque encuadrados en un marco diferente por la evolución social que determina cada época.

Así, por ejemplo, hoy en día, muchos son los que se escandalizan por un twist o un rock n-roll, más o menos espectacular, al igual que en los años veinte era una osadía bailar con más o menos garbo un inofensivo charleston. De la misma manera, en la época de nuestros abuelos, los bailes señoriales, como el lancero o el rigodón, se vieron desplazados por la movilidad del *vals*, que causó furor y que llegó a provocar acerbadadas críticas.

No, no es éste el problema. Cada generación tiene sus gustos, su estilo y sus inquietudes. El contraste está en que el ambiente de antaño, con otras normas de vida, se desenvolvía de manera más placida y sin las tremolinas a que se ve abocada la juventud de hoy. Pero todo ello no es motivo para asustar a nadie.

Ahora bien, esto no justifica los desplantes, así como tampoco la incivildad a que muchos adolescentes se entregan. No es lícito justificar la anarquía y la violencia so pretexto de que la juventud actual vive en un estado de completo escepticismo. Si antaño los medios coactivos, principalmente los de orden moral, eran valladar suficiente para imponer una rectitud en las relaciones sociales, la sociedad actual debería haber habilitado los recursos suficientes para encauzar las inquietudes de la juventud de hoy.

En muchos aspectos debería haberse empezado por orientar a gran número de adultos, pues los hay que tampoco se hallan del todo adaptados a muchas estructuras sociales que van apareciendo sin cesar.

En este particular aspecto es muy significativa la definición que con cierta ironía hace una revista humorística norteamericana, referente a las muchachas que allá es costumbre contratar por horas para atender a los niños, mientras los padres deben ausentarse por algún motivo. Dicha definición, que se presta a la reflexión, dice así:

«Niñera = Muchacha adolescente que tiene que comportarse como persona mayor, mientras los mayores han salido a conducirse como adolescentes.»

No vamos a pretender que éste sea el estilo de vida predominante en nuestra sociedad, pero sí que podemos afirmar que son muchas las familias cuyos padres no se preocupan como deberían de las actividades de sus hijos adolescentes. Son legión los que ignoran cuáles son los amigos de sus hijos, así como también cuáles son los lugares que frecuentan en sus ratos de ocio fuera del hogar.

Por otro lado, también es natural que la juventud tenga sus gustos y que éstos, con frecuencia, no coincidan con el gusto de los adultos. Lo que ya no es tan natural es que por tal motivo se les deje a su libre albedrío al organizar sus aventuras. Que la música chillona atraiga a la masa juvenil es, hasta cierto punto, aceptable. Lo que ya no es tan normal es que tal realidad provoque estas frenéticas manifestaciones que arrasan cuanto hallan a su paso.

No hay ninguna razón para consentir que los chicos y chicas, a partir de los catorce años (y a veces antes), se salgan, por regla general, del control y de la disciplina de sus padres, dando pie a que, con ello, se entreguen a ciertos excesos a causa de su menguada visión de la seriedad de la vida.

El resultado inmediato de este abandono paternal se traduce casi siempre en estudios defectuosos, falta de preparación profesional, ansias de obtener, con el mínimo esfuerzo, los mejores lugares cualificados, apatía social, extravagancias de todo orden, etc. En resumen: buena parte de nuestra juventud sólo siente un verdadero interés por los ritmos trepidantes, la velocidad, la promiscuidad de sexos, la vida fácil y superficial, siendo sus mejores aulas los *Nights Clubs* y los *Snacks-Bars*, y toda clase de lugares parecidos.

Por tanto, a la familia le corresponde una parte destacadísima en el encauzamiento de las iniciativas juveniles, no para coartar y reprimir, sino para dirigir y precisar toda clase de actividades. Debemos ofrecer a los jóvenes fines concretos a conseguir, a base de una disciplina que, impuesta en la más tierna infancia, tenga su continuidad en épocas posteriores, cuando el adolescente se enfrente con una vida que le ofrecerá a cada paso toda clase de oportunidades para enzarzarse en una degeneración moral que corroerá las mejores esencias de que es portador.

## ASPECTO FAMILIAR

Uno de los factores negativos que influye de manera más directa en el fenómeno de la inadaptación juvenil es el fallo que se observa en la institución familiar. Por poco que examinemos cómo se desenvuelve esta organización en los países más directamente afectados por esta plaga

social, veremos cómo la relación entre padres e hijos es totalmente deficiente.

Es una amarga realidad el que a un mayor nivel de vida corresponde también un mayor porcentaje de los extravíos juveniles. Así, por ejemplo, en los Estados Unidos, país en donde la delincuencia juvenil alcanza más trágicos valores, vemos cómo también en él la sociedad familiar ha ido poco a poco perdiendo sus esencias más peculiares. El desbarajuste familiar, con toda su secuela de divorcios, desavenencias conyugales, frivolidad insana por parte del padre o de la madre, o de ambos a la vez, etc., afecta directamente a la educación de los hijos, al verse obligados a vivir una vida irregular, con una total ausencia del consejo y del ejemplo paternal.

Cuando los componentes de la familia se ven obligados, por capricho o por necesidad, a una regular y prolongada ausencia del hogar, el ritmo familiar pierde la consistencia y la continuidad que precisa para el encauzamiento de los hijos.

La formación de la personalidad del niño y del adolescente, tanto en el orden moral como intelectual, no puede ser eficaz en un clima de tal naturaleza. Los «hogares posada», tal como se ha dado en calificar a tales estilos de vida, son el peor disolvente de la responsabilidad juvenil, ya que le empujan a dar rienda suelta a sus instintos, en una época que necesita de todas las previsiones para evitar caer en posturas y situaciones nocivas.

Otras veces es el mismo excesivo la causa de tal situación. La tolerancia que muchos padres emplean para con sus hijos es la causa de muchos fracasos juveniles. El muchacho o la muchacha que en el seno del hogar vive una vida de tolerancia excesiva se vuelve egoísta, exigente y caprichoso.

Esta actitud de cariño mal entendido es el motivo de muchos complejos que, luego, al chocar con la realidad de la vida, avivan las insatisfacciones, provocando estados de rencor y de rebeldía contra todo y contra todos. De aquí nace este reto que el adolescente lanza a todo cuanto se opone a sus caprichos.

La personalidad veleidosa, formada en tales condiciones, es el origen de no pocas violencias por el desequilibrio emocional a que se ve sometido el adolescente.

Por tal causa, no es raro hallar en los antecedentes familiares de muchos jóvenes delincuentes datos que ponen de manifiesto este fallo en la educación familiar. El estado de insatisfacción en que se desarrolla la vida del adolescente es el punto de partida para provocar una regresión que le induce a buscar quien comparta sus desahogos. En tales casos, el joven acostumbra buscar la compañía de otros elementos de iguales características, por ser lo más fácil y lo más próximo a su realidad, creándose una situación difícil de resolver por el apoyo que halla en tales inmersiones. Entonces, en su irresponsabilidad, da

rienda suelta a sus instintos, que no es raro tiendan a desembocar en la violencia y en el desorden.

La familia es, por tanto, en uno y otro caso, lo mismo por defecto que por exceso, la responsable del precario desenvolvimiento emocional de los hijos y de la falta de madurez social que ello supone.

Es indudable que el ritmo en que se desenvuelve la sociedad actual obliga a las familias a adaptarse a una situación más compleja cada día. No es raro hallar familias en las que cada uno de los miembros, la madre inclusive, se ven precisados a permanecer largas horas ausentes del hogar. Por tal causa, los hijos se ven en el trance de adaptarse a una modalidad de vida que en nada favorece su desarrollo y evolución.

Hasta alrededor de los diez años este problema permanece en estado latente, por faltarle al niño una clara visión de cuáles son sus aspiraciones. El colegio resuelve sus necesidades más inmediatas y, luego, es posible encuentre en el hogar a alguien que, más o menos directamente, pueda controlar sus iniciativas y atender sus preocupaciones. Sus juegos, sus periódicos infantiles, sus colecciones de cromos, sellos, etc., la televisión y otros entretenimientos llenan, en parte, sus horas de vacío, mientras se acumula en su subconsciente una serie de frustraciones que saldrán a flote, de manera desordenada, cuando estos intrascendentes quehaceres ya no llenen ningún estímulo de su evolución.

Por otro lado, la vida del niño en pequeñas aglomeraciones (pueblos y aldeas) tiene otros alicientes. Conociéndose todos los vecinos, y particularmente los niños entre sí, hallan en sus juegos callejeros su natural expansión. Sus extralimitaciones se ven indirectamente controladas por cualquier vecino cuando sus desmanes se pasan de lo prudencial.

Pero en las ciudades este sucedáneo de la familia, más o menos eficaz, es apenas existente. Los niños, por regla general, deben permanecer en el hogar vacío o semivacío, sin amigos y sin los juegos callejeros, de nulo valor educativo, pero eficaces para el logro de su expansión.

Afortunadamente, en muchas ciudades este problema va poco a poco resolviéndose con la creación de estos excelentes espacios verdes, con sus parques de juegos infantiles, muy oportunos para que la energía del niño halle cauce para sus iniciativas. Raramente, en tales lugares, el niño, aun sin la presencia de algún familiar, o lejos de la mirada del guardia de turno, se entrega a desafueros, a no ser las naturales desavenencias propias de sus juegos o de sus caprichos momentáneos.

Es a partir de los diez o doce años cuando esta magnífica proliferación de los parques infantiles deja de cumplir su finalidad. El niño o la niña de esta edad no se ven atraídos hacia tales lugares, y es entonces cuando el problema se plantea con toda su crudeza. El muchacho o la muchacha deja su clase, al igual que otros de la misma edad se

ven libres de sus ocupaciones en oficinas, comercios, fábricas, talleres, etc., donde prestan sus servicios en sus horas laborales.

En tal caso ni los deberes excesivos de los unos, ni los entretenimientos que pueden improvisar en sus hogares los demás, llenan ningún objetivo, y sólo servirán para fomentar una sorda protesta que dará origen al germen de la indisciplina y de la rebeldía, cuyos efectos se pondrán de manifiesto tan pronto se hallen en grupos, más o menos numerosos, fuera del hogar.

La idea de los espacios verdes, que ha resuelto, en parte, el problema de la inadaptación del niño, debería ser ampliada con la creación de una serie de lugares apropiados para el adolescente. No es recomendable que éste se encierre, por sistema, en la quietud y austeridad de una biblioteca. Su natural idiosincrasia no le induce a ello. Lo ideal sería habilitar una serie de dependencias públicas, cuantas más mejor, que a manera de club juvenil, y bajo la dirección y supervisión de personas responsables y preparadas, el adolescente encontrara todo lo que sus inquietudes reclaman: libros escogidos, juegos: como el ajedrez, el pin-pon, etcétera; tocadiscos, radio, televisión, patinaje, etcétera, y también, ¿por qué no?, lugares tranquilos donde poderse reunir aquellos que, en ciertos momentos, quieran agruparse para compartir sus aventuras, intercambiar ideas, o simplemente para resolver sus deberes escolares.

Si el adolescente pudiera disponer de tales lugares, bien organizados y a base de cierta tolerancia y de cierta libertad hábilmente controlada, el problema familiar se vería aliviado, y los beneficios formativos que reportaría serían indudablemente de gran alcance. Por ende, con tal organización el problema de la inadaptación juvenil sufriría un impacto de tal naturaleza que muy pronto se reduciría a los casos puramente patológicos, difíciles de encauzar por necesitar una terapéutica apropiada.

A mi entender, esto podría ser mucho más eficaz que ciertos procedimientos puestos en práctica por algunas ciudades norteamericanas, como son el emplear los llamados «Asistentes sociales», retribuidos por la Oficina de la Juventud, y cuya misión se concreta en tomar contacto y mezclarse con los muchachos desocupados que invaden las calles, con el fin de servir de amortiguadores de los excesos juveniles y al propio tiempo controlar, de manera indirecta, las actividades de las pandillas y de los «gangs» en los diferentes barrios.

El problema requiere soluciones adaptadas a la realidad del fondo de que se derivan, y ésta podría ser una de ellas.

No vamos a suponer que, dado el estado actual a que ha llegado la inadaptación juvenil, la situación sea fácil de resolver, a pesar de poner en juego estos o parecidos recursos, pero sí que podrían ser eficaces si se pudieran enlazar con una bien coordinada acción educativa. El educador ejerce gran influencia sobre el niño y el adolescente, pero en la actualidad, muy a su pesar, ve

esfumarse gran parte de tal ascendente, al tener que ceñir su actuación de acuerdo con unas estructuras educativas no del todo adaptadas a las necesidades de la sociedad actual.

Cuando el muchacho se aleja de sus aulas se halla huérfano de orientación y de protección por no disponer de recursos ni de lugares apropiados donde poder exteriorizar adecuadamente sus apertencias y sus estímulos.

## ASPECTO EDUCATIVO

Es frecuente que al tratar del problema de la inadaptación juvenil se señale a la educación como la más genuina responsable. Se le acusa de no saber impartir unos principios más sólidos de acuerdo con lo que el adolescente necesita para su normal y completo desarrollo.

En realidad, esta acusación no puede ser admitida, a pesar de reconocer cierta responsabilidad en el planteo de este estado de cosas. Porque, tal como hemos apuntado, la verdadera raíz del mal radica en la familia, por lo que la educación, muy a pesar suyo, se ve impotente para atajar el mal en la medida que podría y debería, por faltarle los medios y la colaboración necesarios para dar a la juventud otro estilo más de acuerdo con el sentido de la responsabilidad que exige la sociedad actual.

La educación se halla, en este caso, en falso, pero no por negligencia, sino por haber sido desbordada por las circunstancias del momento actual. Se le puede acusar de no haber sabido tomar las medidas oportunas para mitigar el mal, pero hay que tener en cuenta que en su delegación, tanto por parte de los padres, que en ella confían, como por la sociedad que le exige, se levantan un sinnúmero de barreras imposibles de salvar de manera unilateral.

No obstante, hay que convenir que, en materia educativa, muy poco se ha hecho para ponerse al nivel de las actuales circunstancias.

En los últimos cincuenta años el mundo ha sufrido una revolución total en todos los aspectos, que, transformando las estructuras sociales, ha cambiado la faz del mundo. De hecho, esta evolución acelerada ha tenido la virtud de proporcionar un mayor bienestar social, al mismo tiempo que, paradójicamente, ha suscitado un sinnúmero de inquietudes al crear nuevos problemas en el orden moral y espiritual.

De esta evolución ha estado, en parte, en gran parte, ausente la educación, factor que debería haber sido cuidado con más esmero, por la beneficiosa influencia que de manera directa e indirecta proyecta sobre todos los estadios de la sociedad.

En consecuencia, el armazón educativo que rige el desarrollo cultural, pocos cambios ha sufrido. Sus realizaciones y sus innovaciones han sido más de forma que de fondo, y de ahí que las nuevas generaciones, que deberían ser dirigidas hacia derroteros totalmente contrapuestos con los estilos de otra hora, son educadas a base de unas direc-

trices que, si bien tienen en cuenta el progreso material, descuidan la parte afectiva y moral que, en definitiva, es la que prevalece por constituir el fondo de reserva de que debe disponer el individuo para sobreponerse a lo material.

Es evidente que en todos los órdenes de la enseñanza de cualquier país objeto de esta espectacular evolución, los planes de estudio se suceden uno tras otro, acreditando no la puesta al día de los mismos, sino el falso enfoque de que adolecen en su concepto inicial. Y así vemos cómo los programas se ven recargados de temas y más temas que pretenden orientar la mentalidad del estudiante de acuerdo con las nuevas corrientes científicas, sin preocuparse de la parte verdaderamente formativa.

Se necesitan técnicos y profesionales cualificados, y, en verdad, de manera deshumanizada, por la aceleración a que han sido sometidos, se logran especialistas que imparten, sin proponérselo, un estado latente de desorden moral, por el exceso de formación materialista a que han sido sometidos, sacrificando, más de la cuenta, los valores morales, que no pueden estar reñidos con ninguna técnica por especializada que ésta sea.

Por otro lado, convendría que el niño, desde sus primeros años, estuviera sometido a un proceso formativo menos formalista, menos memorístico, pero más profundo y eficaz, para el natural y espontáneo desarrollo de su vida afectiva. No basta para ello imponer una asignatura con unas lecciones desarrolladas de manera más rutinaria que real, y sobre unos temas que, de manera muy precaria, pretenden asumir tan importante papel.

De aquí esta falta de estímulo y de interés que comúnmente se observa en el adolescente educado a base de tales métodos y sistemas. Principalmente entre los catorce y los quince años, época en la que, por tener nociones claras del deber y de la responsabilidad, es cuando se pone más de manifiesto esta anomalía. Es típica la pasividad y la desgana de que hacen gala muchos estudiantes y que difícilmente puede ser vencida por las instigaciones de los profesores, o por las presiones de los padres, cuando, por excepción, se encuentra una familia sumamente interesada en seguir el proceso educativo de sus hijos.

Sobre este particular es muy interesante la encuesta realizada en varios centros educativos franceses entre chicas y chicos comprendidos entre los catorce y quince años, y cuyas conclusiones (1), en parte, transcribimos por coincidir de manera muy aproximada con las características dominantes en muchos de los estudiantes que pueblan nuestras aulas.

*Respecto a las chicas* = Mucha negligencia en la actitud en clase, manera de sentarse, etc. Algunas chicas denotan muy mala educación, sobre todo al estar reunidas en grupo, ya sea en clase, o en los pasillos, o en la calle, al salir del instituto.

Son, con frecuencia, coquetas y les gustan las

cosas chillonas o llamativas, tales como zapatos de tacón alto, tejidos originales, joyas raras, etcétera. Incluso algunas ya piensan en «envejecerse», y a veces se presentan en clase con las uñas pintadas y maquillaje. Claro que todo esto les interesa tanto o más que la clase.

La conversación y las interrogaciones orales demuestran dos debilidades de importancia: la insuficiencia de vocabulario y la torpeza y desmaña en la sintaxis correcta de las frases y el sentido general del desarrollo de las respuestas que conviene dar.

Aunque de aspecto pueril en lo espiritual, no lo son en lo exterior (o sea física y corporalmente). Juegan poco. Casi nunca en actividad. No les interesa el recreo, y les agrada quedarse en clase para charlar entre ellas. Pero les gusta la música moderna, la de canciones a la moda, y los aullidos de un jazz muy comercializado. Por eso hablan mucho de discos y de artistas.

*Respecto a los chicos* = Los datos que se indican son más vagos, porque son más generales. No son complicados y sufren influencias de orden moral y fisiológico (igual ocurre en el caso de las chicas). Pero no hay duda de que interviene la función de la metamorfosis y de hondos metabolismos con honda repercusión en lo mental y en la resistencia de trabajo, en la capacidad de atención.

Tienen hasta dinero para comprar cigarrillos y marcharse al cine; van a bailar algunos. No es un grupo de 40 alumnos así, naturalmente. Pero hay algunos ejemplos, y es alarmante en esa edad clave de los quince años. Les atraen los deportes, el cine y las cancioncillas de moda. Pero no saben nada de política, ni de actualidad científica (aparte, claro está, el punto de los cohetes volantes). La televisión es su gran instrumento de cultura (y en las chicas obsérvase idéntica realidad).

*Respecto a los valores tradicionales de cortesía y gentileza, parecen brillar por su ausencia.*

Con una juventud formada a base de una educación incapaz de despertar las ansias de superación, con una tan marcada ausencia de valores espirituales, el panorama se presta a tristes reflexiones.

Esta desgana y pasividad ante los problemas de la vida que se abre ante los ojos del adolescente es otro de los motivos que les empuja a esta inestabilidad emocional y que, con el lastre de su vida familiar, se traduce en una peligrosa inadaptación social por la atrofia de las más puras esencias morales. Por esto, nada tiene de particular que, a la menor oportunidad, por el motivo más anodino, ante cualquier estímulo que halague sus sentidos, se lance, cual estampida multitudinaria, a una serie de violencias y desmanes que arrasan cuanto hallan a su paso.

Por tanto, no pueden sorprendernos noticias como la publicada recientemente por los periódicos sobre un hecho ocurrido en la ciudad de Nueva York, ante una de las actuaciones del conjunto

(1) G. GAMBOA: *Una clase de bachillerato francés*, REVISTA DE EDUCACIÓN número 164.

musical de «Los Beatles». Según de ella se desprende, en pleno Manhattan, se reunieron, ante el hotel donde se hospedaban estos ídolos de la canción moderna, nada menos que unos quince mil adolescentes de ambos sexos, en medio de una tumultuosa algarabía, rayana al histerismo. El barrio tuvo que ser acordonado por la policía y proceder a la dispersión de tamaña asamblea, con un balance de varios muertos y numerosos heridos. El mencionado conjunto, ante la imposibilidad de salir a la calle, tuvo que ser trasladado desde el hotel al Estadio del Club de tenis, lugar previsto para su actuación, en helicóptero. Ni que decir tiene que los desmanes se repitieron al final de tal sesión musical.

Hechos parecidos se repiten en las más diferentes ciudades de todos los países y en los que el escándalo y la excentricidad es la nota dominante de tales manifestaciones.

Y menos mal cuando el tumulto halla su desahogo en el clásico pataleo o el alboroto vociferante. Lo verdaderamente peligroso es cuando, al socaire de estos excesos incontrolados, actúan las bandas y las pandillas de carácter delictivo o revanchista, que siembran el pánico y el terror al estilo de los «Teddy Boys», los «Rockers», los «Mods», los «Bloussons noirs», etc., o en verdaderas luchas de gladiadores, tal como nos muestran los «Jets» y los «Tiburones» en la película *West side story*.

Ante tal estado de cosas, y con el fin de intentar encuadrar a la juventud dentro del marco de una mayor responsabilidad, está tomando gran auge en muchas naciones la organización de las llamadas «Outward Bound Schools», o escuelas de vida rigurosa. Tales instituciones están destinadas a concentrar a los adolescentes para moldear su carácter, haciéndoles partícipes de una ruda disciplina, con iniciativas bien organizadas, encaminadas a despertar el sentido del deber y de la responsabilidad.

Estas escuelas, que a manera de campamentos funcionan durante el período de vacaciones, tu-

vieron su inicio en Inglaterra, y poco a poco se han ido implantando en muchas naciones, tales como Estados Unidos, Alemania, Holanda, Italia, etcétera, e incluso en algunas partes de Asia y Africa, en donde este problema empieza a preocupar seriamente.

Instructores especializados dirigen las actividades en tales campamentos, y, al parecer, los resultados son bastante satisfactorios.

En España tenemos algo parecido con los «campamentos juveniles» que anualmente organiza el Frente de Juventudes para muchachos de diez a quince años durante los meses de julio y agosto.

Pero, con ser ello de gran valor, los resultados no pueden ser totalmente esperanzadores, dado lo limitado del tiempo que en ellos permanecen los adolescentes (un mes para las «escuelas de vida rigurosa» y veinte días para los «campamentos juveniles»), así como también por la inmensa mayoría de los que quedan al margen de tales actividades.

Lo más acertado sería no mantener tales campamentos abiertos todo el año, tal como se proyecta en los Estados Unidos, sino en plantear el problema de la orientación juvenil dentro de unas directrices y de unos ideales parecidos y totalmente al margen de la labor propiamente escolar, que, en definitiva, también cuenta.

Lo primordial sería hallar una solución con el mayor número de atractivos y de posibilidades para todos. Otro valor, no menos positivo, sería orientar las tareas educativas e instructivas, partiendo de una visión más amplia y, por tanto, más en consonancia con el ambiente en que se ve obligada a desenvolverse la juventud actual.

La solución del fenómeno de la inadaptación juvenil, con todas sus modalidades, es problema que requiere tacto, iniciativa y entrega, factores que el educador es seguro no regateará en la medida de sus posibilidades cuando la organización estatal y familiar se le unan para formar el frente común, tan necesario para combatir esta lacra que parece endémica de la sociedad actual.